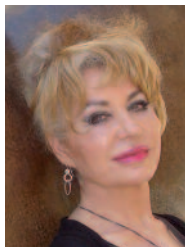


Magia en la piel



Aurora Guerra-Tapia

Profesora titular de Dermatología. Departamento de Medicina. Facultad de Medicina. Universidad Complutense de Madrid. Exjefa de la Sección de Dermatología. Hospital Universitario 12 de Octubre. Madrid. Directora del Máster en Dermofarmacia y Formulación Cosmética. Universidad Internacional de la Rioja (UNIR).

Es quizá preceptivo, para una mente racional que pretende ser científica como la mía, iniciar un tema partiendo de la definición del objeto de estudio, consensuada por los expertos lingüistas. Así pues, he buscado en el diccionario de la Real Academia Española (RAE) el término *magia* y he encontrado esto: «l. f. Arte o ciencia oculta con que se pretende producir, valiéndose de ciertos actos o palabras, o con la intervención de seres imaginables, resultados contrarios a las leyes naturales».

Mi primera sorpresa ha sido que la magia pueda ser considerada una ciencia, esto es, un conjunto de conocimientos que se alcanzan a través de la lógica y del método científico.

¿SEGURO?

De nuevo he hecho uso de mi racionalidad y he buscado en el diccionario de la Real Academia Nacional de Medicina la susodicha palabra, y ¡oh, no, sorpresa!, la palabra *magia* no existe en ese ámbito. Y me he quedado mucho más tranquila.

Porque yo siempre he asociado la magia con lo inverosímil, lo increíble, lo inalcanzable si únicamente se emplean las fuerzas naturales. Aquellas

intervenciones quirúrgicas que presumían de hacerse solo con las manos y sin anestesia, las pulseras magnéticas que juraban remediar la artrosis, el agua imantada que hacía desaparecer la dermatitis atópica, el champú para caballos que curaba la alopecia... Y por eso, no creía en la magia.

Sin embargo, tratando a mis pacientes dermatológicos, he oído muchas veces la frase: «Doctora, esto parece magia». Y tenían razón. Porque magia puede parecer que un cáncer de piel (basocelular superficial) se cure con una crema (imiquimod) en lugar de avanzar inexorable salvo que se extirpe; o que una enfermedad crónica y estigmatizante como la psoriasis desaparezca con un tratamiento biológico con tan solo una inyección periódica; o que dejando de ingerir gluten en la alimentación habitual, se borre la dermatitis herpetiforme... Pero como bien dicen mis pacientes, parece, pero no lo es.

Por eso prefiero considerar que la magia es un arte, en el que todo va de acuerdo a las leyes de la naturaleza, pero los que lo vemos y lo sentimos no llegamos a comprender.

La medicina, la dermatología como parte de ella, ha sido sujeto de la ma-

«El que no cree en la magia nunca la encontrará».

ROALD DAHL
(1916-1990)

gia desde los tiempos prehistóricos, en que todo lo no conocido era mágico: desde el dios sol que quemaba la piel, hasta las brujas con síndrome de androgenización llenas de verrugas y barbas. La ciencia se impuso realmente hace muy poco, cuando se fueron conociendo las bacterias, los virus, los anticuerpos, las hormonas, las citocinas... y toda la intensa relación que mantienen con la salud del ser humano. Lo que ayer era magia, hoy es ciencia o tecnología.

Aún así todavía quedan puntos ocultos —mágicos— en las ciencias médicas. Uno de los que más me asombra es el efecto placebo, que consiste en obtener un beneficio sobre la patología del paciente, gracias a un tratamiento inerte, esto es, sin acción, y que se fundamenta en las expectativas y el estado emocional del sujeto. Ya sé que me dirán que hay un cambio inmunitario de origen psicógeno, pero sigue costándome comprender que algo tan físico como las ronchas de una urticaria disminuyan o desaparezcan solo por el estado de ánimo del paciente. Y eso está demostrado en los ensayos clínicos de alta evidencia científica, con

un doble ciego del investigador y del enfermo. Casi magia.

Pero la magia de verdad, arte oculto que obtiene resultados contrarios a las leyes naturales, la encontré cuando conocí al mago y dermatólogo José Castiñeiras González. En magia científica dermatológica (esa de curar el cáncer con una crema) está doctorado con grado de excelencia. Pero en la otra, la artística, no se queda atrás.

Les contaré que en un congreso del Grupo Español de Investigación en Dermatología Psiquiátrica (GEDEPSI) que yo presidía (fig. 1) fue capaz de llevarnos a la certeza de que la piel puede sentir, oler, ver y captar lo inimaginable (fig. 2). Es diestro en conseguir que aparezca sobre una zona de la piel un tono rojo (eritema) o, incluso, una elevación a modo de roncha tan solo con que el espectador elija un naipe que él convierte en mágico. O que un pequeño muñeco apoyado en la palma de su mano se levante bajo sus órdenes gracias a la colaboración del estrato córneo epidérmico. O que de una caricia brote una moneda, una carta con mi firma, carta que yo he tenido



Figura 1. La Dra. Aurora Guerra-Tapia presenta al Dr. José Castiñeiras en el congreso del Grupo Español de Investigación en Dermatología Psiquiátrica de 2020.



Figura 2. El mago José Castiñeiras durante una de sus actuaciones.

apartada de su lado. Y tantas cosas más, absolutamente misteriosas e inexplicables.

He de confesar que José Castiñeiras me da un poco de miedo. Engaña a mi discernimiento, ese que pretende tener muy claro lo que es y lo que no puede ser. Y lo peor es que yo sé que me va a engañar, pero no puedo evitarlo. Mi cerebro recibe la información que le dan mis sentidos, la ordena, la filtra, y rellena los vacíos con sus expectativas y sus previsiones. Y cuando ese conjunto de señales provocadas por el mago llega a los nive-

les conscientes de mi mente, tras esa inmensa asamblea cognitiva, solo queda... la magia.

No quiero terminar sin mencionar la segunda acepción que el diccionario de la RAE incluye en la definición de magia.

Dice así: «2. f. Encanto, hechizo o atractivo de alguien o algo».

Y les puedo asegurar que José Castiñeiras es mago por los cuatro costados, porque cumple con las dos acepciones: practica la magia, y es encantador.